

brutalidad asquerosa del rústico peneque. Lo mismo le sucede á Camilo. Intenta con licencias de lenguaje corregir licencias de costumbres. Los actos más carnales y los vicios más inmundos allí aparecen todos á una, en desnudez incomprensible á nuestro gusto moderno. Entablan marido y mujer conversaciones sobre temas de alcoba que no podemos leer hoy sin asco, y que no podría presenciar el público nuestro sin levantársele á una la conciencia y el estómago. Mucho ha reído la humanidad hasta verter lágrimas á fuerza de reirse. Y en todas las épocas, que representan las verdaderas transiciones históricas aparece un satírico encargado de poner en contraste la sociedad que se va con la sociedad que se acerca. La vejez rie tanto cuanto la juventud llora. El amor, que tiende á lo trágico, en el púbero, tiende á lo cómico en el anciano. Cuando una sociedad se rie mucho, esta sociedad se halla en los umbrales de la muerte. Ved cómo los satíricos romanos, veffos, Juvenal, Marcial, señalan el tránsito de las edades clásicas á las edades cristianas. Ved los satíricos del siglo décimo-cuarto señalando otro grande tránsito, de las edades teocráticas al Renacimiento. Ved á Erasmo, Hutten, Rabelais, Pulci, Ariosto, Cervantes señalando la transición de los siglos medios al mundo moderno. Ved á Voltaire señalando la transición de los siglos monárquicos á los siglos revolucionarios. Pues bien, Aristófanes con sus burlas y con sus carcajadas, también señala el tránsito desde las edades áticas á las edades macedónicas, desde la república organizada por Pericles al imperio terrible organizado por Filipo y por Alejandro. Tal ministerio le toca representar en el mundo á los que se rien mucho. La carcajada epiléptica de todos estos burlones resulta más triste, mucho más triste que los lamentos de todos los poetas elegíacos. Cuando uno lee á Jeremías ó á Isaías, cree oír en sus lamentaciones y en sus trenos, el acento de un mundo en plena conciencia de la suerte que le aguarda y con la compostura y la tristeza dignas de sus trágicas agonías. Pero cuando ve uno al buen Aristófanes riéndose á todo reir, entristécese, ya porque no encuentra él aquella penetración de su triste suerte, ya porque agobia más el dolor cuando se burla y rie que el dolor cuando se plane y llora. Tal es Camilo. Su risa expresa el tránsito desde la Monarquía tradicional hacia la República moderna. Y en el balance horrible que su vida combate y asalta en este tránsito, rie su peregrino y gracioso ingenio con una risa inmortal.

La índole capitalísima del genio aristofanesco hállase por consentimiento universal en su carácter político, como la índole capitalísima del carácter de Camilo. Las caritaturas nuestras de los periódicos batalladores, las invectivas del artículo de oposición diaria sugerido por sentimientos exaltadísimos, las arengas vehementes dichas en las izquierdas y en las montañas de todos los Congresos, cualquier proclama de las muchas verdades por labios populares en los clubs facciosos de nuestros días, os granjearán la noción precisa de la comedia verdaderamente aristofanesca, tan propia para provocar á un tiempo risas y tempestades. Pero la política de Aristófanes, ciertamente responde á ideas y afectos de

conservación, más que á ideas y afectos de progreso. Grecia, organizada por Solón, había recibido profundas alteraciones en la guerra con los persas, cuando el enemigo común, que hollara el suelo helenico, demostró cómo necesitaba el territorio aquel de todos sus hijos, si queria vencer. La severa lógica de los hechos dijo, que si valían todos los atenienses para el combate, valían también todos los atenienses para el comicio. Así es, que la guerra de su independencia, no solamente puso á la divina Helade aparte y fuera del influjo extraño, sino que también le inspiró una idea bien luminosa, la idea de regirse á sí misma democráticamente. Aristides, el virtuosísimo Aristides, llamó todos los ciudadanos á las asambleas. Y cuando ya estaban todos en las asambleas, Pericles, el gran Pericles, retribuyó el ejercicio de las funciones políticas, lo cual abría de par en par á las democracias las puertas del poder. Tal política no andaba fuera de camino como pretendían los reaccionarios, cuando, merced á ella, gozó Atenas de una larga paz, y en esta larga paz acertó á coronarse con la diadema de todas sus glorias. Mas, á la vuelta de algunos lustros, se desnaturalizó, alterada por las grandes irrupciones demagógicas. Una democracia, siquier tuviera esclavitud y esclavos, no podía vivir á sus anchas ni desarrollarse con verdadera pujanza, sino en el trabajo y en la paz. Ya lo dijo Pericles en su maravillosa oración á los difuntos. Empeñada una guerra, las democracias tenían que divertirse de su actividad trabajadora y abismarse por su mal en competencias, á cuyo fin y término sólo podía encontrarse la muerte. Sacada de su quicio, metida en los combates, desnaturalizada por el cambio de su finalidad propia en otra finalidad extraña, los hondos sacudimientos guerreros le generaron una demagogia desconocedora del freno de las leyes, tentada por sus malos hábitos de una irremisible holganza, con todos los vicios del campamento y todos los extremos del combate, falta poco á poco de aquellas nociones jurídicas y de aquella eficaz actividad que dan á las repúblicas libres la necesaria complexión para gobernarse á sí mismas y todas las virtudes naturales en una progresiva democracia. El buen Aristófanes sintió las desgracias de Atenas y la decadencia que aquejaba en la guerra del Peloponeso á la excelsa ciudad, atribuyéndolos sin fundamento, no á la degeneración y enfermedad agudísima del gobierno democrático, al gobierno democrático en esencia. Para él, Cleón, es decir, la demagogia, equivale á Pericles, ó sea en puridad, á la democracia. De aquí, de tal idea, parten sus invectivas terribles al pueblo, sus movimientos desordenados contra toda la igualdad democrática, sus acerbos discursos, sus sátiras lanzadas, no sólo sobre todo cuanto hay de perturbado y excesivo en los gobiernos democráticos cuando se pervierten, sino sobre todo lo que hay de justo y recto en esa plena vida de la libertad y del derecho. Confesemos, sin embargo, que hombres como Cleón, elevados á las alturas sin méritos propios, tenían que halagar las malas pasiones del pueblo, para sobreponerse á él, alzándose tristemente sobre sus defectos y sobre sus vicios. ¿Quién podía reemplazar la elocuencia de Pericles? ¿Quién podía ejercer aquella fascinación ejerci-

da por su alma? ¿Quién podía dirigir una guerra con su incomparable prudencia? Tucídides nos ha descrito en rasgos admirables la sociedad demagógica que reemplazara tristemente al mundo de Pericles. La temeridad considerada como valor, la declamación como elocuencia, la mesura como subterfugio, la previsión como mengua, mientras que un hipócrita demagogo alardeando de popular, un ciego cortesano de independiente y severo, un ambicioso de humilde, soltaban las riendas á todas sus pasiones, y con tal de triunfar importábales poco deshacer su patria bajo las plantas de todos los partidos. En tal situación, indudable que prestaba un servicio verdadero á Grecia el cómico extraordinario, consagrado al recuerdo constante de los bienes múltiples que traen consigo una paz bien establecida y una libertad bien ordenada. Pero muchas veces faltó de mesura, empeñado en ver por su pesimista naturaleza de satírico el triste y deforme lado que todas las cosas tienen, desgraciadamente llevó Aristófanes su celo hasta una violencia bien punible hasta manchar el nombre ilustre de su patria y extinguir, confundiéndolo con los más vulgares sofistas, el genio inmortal que había fundado la ciencia en las certidumbres más incommovibles de nuestro espíritu, había distinguido del Estado la conciencia libre, y había iluminado con la idea de Dios, los espacios infinitos del alma. A pesar de todos estos extravíos, del exéso pesimista siempre dañoso, y del ataque á la fundamental filosofía griega, no puede negarse que un vivo deseo del bien y un profundo amor á la patria, movían el genio de Aristófanes. Pero, confundiendo el bien patrio con la reacción hácia las instituciones aristocráticas que no convenían á una sociedad adelantada, y con el culto á unos dioses que comenzaban á eclipsarse ya en la conciencia humana, su espíritu resistente y reaccionario levantó y suscitó muchísimos obstáculos al curso natural y sosegado de los hechos, que se turban cuando quieren los directores de la sociedad y de la vida, ó impelarlos violentamente, ó echarlos atrás. Un sentimiento, sin embargo, había en este poeta extraordinario que merece todo el aplauso de la Historia y todos los laureos por la posteridad ceñidos á los esfuerzos en pro del bien común. Aristófanes amaba sobre todo y ante todo la paz. Predicándola, sosteniéndola, rescató muchas faltas y consiguió el perdón de muchos y muy graves errores. Por la paz está una comedia tan magistral suya como *Lysistrata*. Enemigo del gran trágico Eurípides por su desafección á la mujer, no deja de imitarle muchas veces Aristófanes, maldiciendo á la continua del bello sexo y vejándole en sus más fundamentales instintos y hasta en sus más claras virtudes. Pero, al presentarnos á *Lysistrata* en escena, preséntanos lo esencial que será siempre á las sociedades humanas la mujer, y lo mucho que podrá servir al pro de todos ésta cuando caiga en la cuenta de su imprescindible poder y lo vuelva contra el perverso y en favor de los virtuosos. *Lysistrata* representa el dolor que Atenas siente allá en su interior, viendo la despoblación de sus ciudades, la triste aspereza y esterilidad de sus campos, la mengua y disminución de su nombre, la viudez de sus hijas por causa de una guerra nutrida

en las pasiones demagógicas. Y cansada ya *Lysistrata* de su hogar vacío, de su lecho solitario, de su mesa destituida del goce superior entre todos los goces domésticos, recuerda la importancia suya en lo político cual en lo particular y se propone aprovecharla en bien de su Atica, triste y yerma. Esta idea de Aristófanes, idea verdaderamente dramática, la cual se hubiera desarrollado lo mismo en cuadro de más altura que en una sencilla comedia, prueba todo cuanto valía y todo cuanto importaba la mujer en el antiguo mundo. Allá por los palacios de Oriente semita, cuando la mujer se aloja sólo á guisa de ave prisionera en el harén, completamente imposible la idea de su magna importancia, por tan maravillosa suerte demostrada en el teatro de Aristófanes. Verdad que la caricatura en muchos lances aparece por desgracia violentísima y extrema; verdad que la desvergüenza corre allende todos los límites, verdad que lo cómico degenera en grotesco y bufón; pero verdad también lo instructivo del contraste presentado en la horrible anulación que le han traído á la mujer sus resignaciones y el poder aquistable por su propósito firme de darse á sí misma el debido valor y la necesaria importancia. Bajo este aspecto, ninguna obra del mundo antiguo tiene una transcendencia tan grande, ni pinta con colores tan vivos el papel providencial representado por las mujeres en todas las sociedades verdaderamente adelantadas y cultas. *Lysistrata* representa y personifica todo cuanto podrían emprender y todo cuanto podrían allegar las mujeres ejerciendo en las sociedades humanas el influjo que por su naturaleza y por su posición les corresponde. Pocas veces háse con tanta profundidad estudiado lo que resultaría en el mundo si las mujeres llegasen á concertar contra los hombres una grande huelga. Así, todos los problemas políticos del tiempo suyo, están presentados en las comedias de Aristófanes entre risotadas y gracias, como están presentados entre risotadas y gracias todos los problemas políticos del tiempo suyo en las sátiras y en los folletos de Camilo.

Éste resucitó, pues, la gracia elocuentísima de Aristófanes. Un aturdimiento ciego de niño, una sensibilidad exquisita y delicada de mujer, unos nervios fáciles á recibir y comunicar todas las emociones; el raciocinio caldeado en el corazón; la idea esmaltada siempre por la fantasía; el arte de adjetivar, sin que sus adjetivos nunca degeneraran, como acontece á otros, en pompa y en follaje; la hilación en medio del desorden; una facilidad en la forma, que no excluía la superior esencia del fondo; un mariposeo tan voluble, que agradaba, como brillantes alas de insectos esmaltados, ó como lustrosísimas hojas de flores echadas al aire; fauces de víbora en algunos días, aguijón de abeja siempre; la elocuencia escrita sin esfuerzo, el retruécano dichosísimo sin artificio, la ironía pocas veces ponzoñosa, y si ponzoñosa, con gracia siempre, hacían de Camilo un escritor tan extraordinario, que, habiendo imitado los diálogos de Luciano en lo mordaz, el teatro de Aristófanes en lo atrevido, las catilinarias de Cicerón en lo acerbo, las sátiras de Juvenal en lo cruel, las filípicas del mismo Demóstenes en lo correcto y en lo sobrio, las obras de Vol-

taire y Rousseau en el deísmo de éste y en la ironía de aquél, se mantiene junto á todos sus modelos, emulándolos, porque la crítica, y el sarcasmo, y el requerimiento de lo ridículo en el enemigo, y de lo gracioso en su ingenio, no empecieron jamás á la nativa ternura y al exaltado entusiasmo y á las sólidas duraderas creencias. El carácter culminante de su espíritu estuvo en la ironía; y la ironía sirve para destruir, no sirve para edificar. En todo sarcasmo hay odio; en el odio esterilidad. Sólo engendra y sólo crea el amor. Admirable instrumento el sarcasmo de Camilo; mientras lo empleó en demoler las instituciones absurdas que pesaban sobre la humanidad con abrumadora pesadumbre: terrible así que intentó esgrimirlo tras el triunfo de la democracia. Imagináos un general que, tras la victoria, empleara sus fuerzas y su tiempo en destruir el propio ejército, y mandase á la mitad de éste perseguir y aniquilar la otra mitad. Yo he comparado estos revolucionarios, que siguen revolucionando después que han triunfado las revoluciones, á esos despertadores que siguen metiendo ruido y escandalizando la vecindad después que han despertado á todos los dormidos en su casa. No pudo Camilo combatir ideas tras el triunfo de todas las suyas, y combatió personas. El desinfectante de los aires monárquicos apesó los aires revolucionarios. La esencia, encerrada en pomo de oro, que alentó á los héroes para subir en alas del entusiasmo á la Bastilla, se convirtió en la esponja de hiel y vinagre con que los sayones amargaron la boca de los mártires en el carretón que los condujo al cadalso. ¡Cuál diferencia de Camilo combatiendo por la conquista del derecho, á Camilo ridiculizando el fruto de sus combates, la soberanía del pueblo libre, la victoria del humano derecho! Fué la herida de su alma y el dolor de su vida la carencia de una palabra fácil, que le imposibilitaba alcanzar y ejercer con la lengua el influjo alcanzado y ejercido con la pluma. Un escritor á secas no podrá nunca comprender la influencia de un orador oído y á la moda. El auditorio se deja por tal manera conducir tras el carro de una elocuencia natural, que los antiguos pintaron el orador como un Hércules con cadenas de oro en los labios, cadenas cuyos eslabones prenden y someten y subyugan y esclavizan á todos cuantos le oyen. La fama, la notoriedad, el renombre que tanto anhelan espíritus necesitados de vivir entre nubes de incienso y coronas de triunfo, siguen al orador como á ninguno, entre los reveladores del espíritu y de la idea. Pero Camilo equivocó la naturaleza de su vocación, y creyó la sátira tan saludable á la democracia y á la libertad cuando peleaba por estos ídolos de su vida, como después de haberlos visto erigidos en los altares y rodeados del culto universal.

Así no sabrá él mismo explicarse por qué fué una parte de su vida, la primera, tan influyente sobre las muchedumbres, y tan poco influyente otra parte de su vida, la segunda. Fué influyente la primera porque acertó á oír la voz de sus vocaciones, á emplear los medios proporcionados con su naturaleza y con su espíritu, á ejercer el ministerio que designaran providenciales decretos el ser suyo, á cumplir su finalidad propia y á concertar

su vida con el objeto cuasi divino de esta vida. Entonces no era orador, cual tampoco lo fuera en la segunda parte de su vida; tartamudeaba entonces como tartamudeó siempre; pero cuando luchó con la realeza y el feudalismo, los tiros de su sátira llevaban certera puntería, el blanco estaba claro y seguro á sus ojos; un viento del cielo henchía las velas del navio donde iba embarcado; y así reunió las alteradas muchedumbres en los jardines del Palacio real y los marcó gloriosamente con el sello indeleble de su vida, poniéndoles la escarapela verde; se acercó á la Bastilla y la vió rodar á sus plantas, entre los clarines del grito popular y los acentos de la popular elocuencia; escribió, y á sus escritos, el feudalismo con sus monstruosidades concluyó y se levantó en la noche inmortal del cuatro de Agosto la vívida y luminosa fórmula del humano derecho, por cuya luz aun viven hoy nuestros ojos y aun se avivan nuestras almas. En cuanto la democracia triunfó y quiso allende sus límites naturales llevarla convirtiéndola en ultra-democracia, marró por completo y vió la estrella de su destino en sangre apagarse con horror. En este segundo período resaltaron todos sus defectos y todos sus errores. Viósele sometido siempre á la tutela de un guía cambiando como los siervos de dueño y no de servidumbre; fascinado á la continua, ya por el verbo sublime de Mirabeau, ya por el carácter frío de Robespierre, ya por las intrigas constitucionales de Lameth, ya por los arranques inflamados de Danton. La flexibilidad y ligereza de su estilo, el donaire y el ingenio, el chiste y el dardo, todo vistoso, todo cambiante, todo con aroma de las flores que matan y con silbido de los reptiles que pican, quedarán siempre, porque se adunaban á una con su naturaleza femenil y sensible y artística; mas bien pronto se le vió zozobrar y estrellarse, muy desgraciado, en grandioso empeño superior á sus fuerzas, en intentar la más varonil entre todas las obras varoniles posibles, fomentando una revolución primero en la inconsciencia divina de su estallido y queriendo ponerle un freno después á esa revolución para contenerla, dominarla y dirigirla. Por eso, por no corresponder el carácter al intento, carácter que sólo correspondía de suyo al ingenio, no acertó este hombre á dominar jamás sus instintos volubles, sus emociones fugaces, sus corazonadas locas, sus fantaseos relampagueantes, sus arranques, y aquella sardónica terrible carcajada con que reía sus obras, pocos minutos antes de llorarlas y arrepentirse á voces con lágrimas y sollozos de haberlas escrito. Hermosas frutas las sátiras del inmortal Camilo, verdes por fuera y melifluas por dentro, como los higos egipcios del último banquete de Cleopatra; pero circuidas de una serpiente que pica y mata. Niño le llamaba con menosprecio Robespierre, su compañero de colegio, cuando le defendía del verdugo con sarcasmos, no tan literarios y atenienses como los suyos; y el niño nunca maduró, y continuó haciendo travesuras á reserva de llorarlas y arrepentirse de todas ellas cuando acababa de hacerlas. Sin embargo, ¡cuánto no hay que perdonarle por sus méritos! ¡Cuál fluidez en el estilo! ¡Cuál propiedad en el vocablo! ¡Cómo sabe reír y hacer reír, al par que sabe llorar y hacer llorar! El antiguo lenguaje clásico lo trueca